

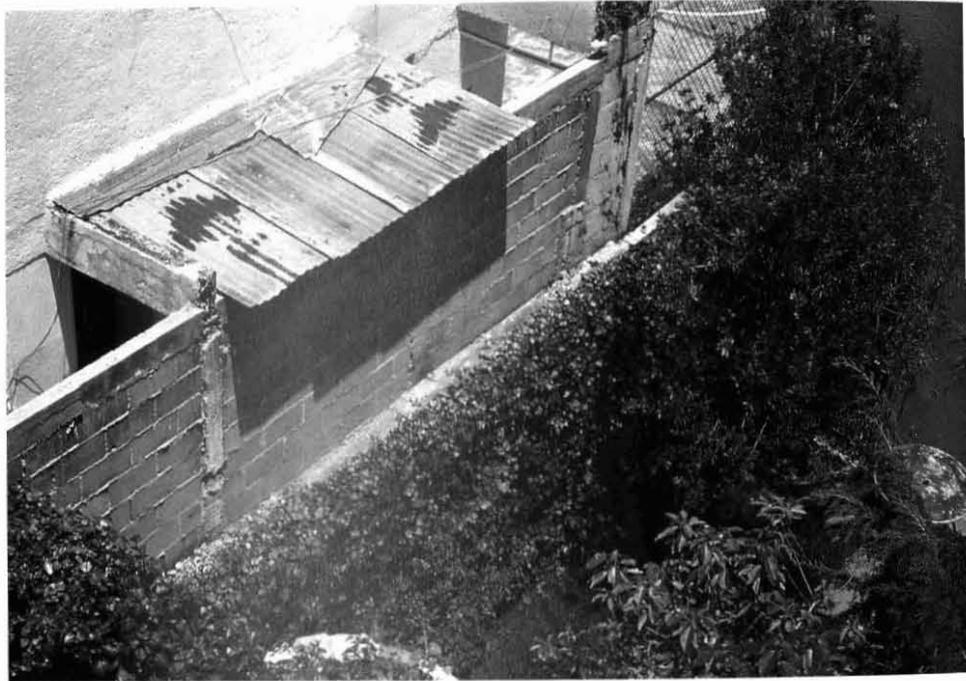
Disnea: cómo se asfixia la ciudad

Peter Krieger*

PROVOCACIÓN

Una mañana, la estridencia de una motosierra despierta a los vecinos de un barrio burgués de la megaciudad de México. La premonición acústica se verifica con un vistazo desde la azotea: un jardinero tala un frondoso árbol y corta las florecientes enredaderas. Para el dueño del terreno este corte “limpia” su propiedad y deja sitio para estacionar otro automóvil más; para mí es la destrucción irresponsable de un microespacio vital y bello. Presenciar este acto provoca emociones –pero también reflexiones–. Por medio de la percepción acústica y visual se genera una sucesión de operaciones neuronales que permiten analizar este acto, calificarlo como vandalismo ecológico y reconocerlo como situación paradigmática para el desarrollo no-sustentable de la ciudad de México.

No es fácil traducir los datos sensoriales en procesos cognitivos (que virtualmente construyan una nueva ética urbana), pero es indispensable aprovechar los estímulos de la percepción para formar una conciencia ecológica. Ver caer un árbol es un dato particular que permite detectar un principio general, sus orígenes y consecuencias. Como todo conocimiento, también éste surge de una contradicción: por un lado, el dueño del terreno observa, satisfecho, la eliminación del árbol porque confirma sus valores de orden, limpieza y modernidad; por el otro lado, el vecino crítico percibe esto como un



acto destructivo que revela falta de sensibilidad hacia la eco-estética metropolitana –ambas posiciones son entendibles, por lo menos explicables.

DISPOSICIÓN

Desde su inicio, el concepto de ciudad se definió como una abstracción racional contra la naturaleza. Frente a los bosques, selvas o desiertos hostiles, el ciudadano distinguió su propio espacio como una conquista cultural, que requiere atención permanente. Protegerse del crecimiento anárquico de la naturaleza “salvaje” significó consolidar la civilización y, de esta manera, aun el florecimiento descontrolado de árboles y flores se convirtió en una amenaza. Casi en todas las culturas urbanas del mundo el hombre se cercioró de sus valores socioculturales por medio

del orden y la “limpieza” de la vegetación. En México, desde el parque público de la Alameda, fundado a fines del siglo XVI, hasta los parques neobarrocos en la metrópolis del siglo XX –con arbustos geométricos (véase la ilustración)– se configuró la imagen mental colectiva de una naturaleza cortada, aun destruida, como garantía de orden.

En nuestro caso, ubicado en la colonia Nápoles, se comprueba esta historia cultural de la vegetación urbana; además, muestra otra faceta más extrema. Las casas-habitación de esta colonia, desarrollada a partir de los años cuarenta del siglo XX, documentan las influencias culturales de Estados Unidos. De ahí llegó la ideología del césped cortado tan rígidamente como un corte militar de cabello. Conocido es

* Doctor en historia del arte por la Universidad de Hamburgo, investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM y codirector de la revista *Anales del IIE*

el hecho de que cuando un vecino de una zona residencial estadounidense se niega a adaptarse a esta estética ambiental uniforme, recibe amenazas colectivas;¹ es decir: el césped indica el sicoograma de toda una sociedad burguesa. Cuando el colono de la Nápoles ordena talar y recortar la vegetación, no sólo crea un nuevo estacionamiento, sino al mismo tiempo cumple con el estándar cultural estadounidense que define el cercenamiento de la naturaleza como garantía de felicidad colectiva. "Limpiar" el jardín del crecimiento de las plantas es un acto de autodefinición cultural que pone en los extremos la distinción entre ciudad y naturaleza.

Sin embargo, la historia de la ciudad también ofrece alternativas a esta posición. Debates recientes sobre ecología urbana revelaron la integración posible de ciudad y naturaleza como sinergia sustentable de dos principios diferentes en un mismo ecosistema. La alta densidad de las urbes requiere espacios alternos, libres y compensatorios, donde la autoorganización de la naturaleza despliegue una función reguladora para la tecnología urbana unidimensional. Dentro del ecosistema urbano, los árboles fortalecen el suelo urbano sobreexplotado (especialmente en las laderas), aumentan su capacidad de recolectar las aguas pluviales, corrigen la contaminación del aire y, además, expresan calidades estéticas.

La función ornamental de la naturaleza, en México, es un motivo ya presente en el palacio de Moctezuma (según la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, de 1632), donde se encontraba intramuros una gran diversidad de flora y fauna. Una específica calidad visual de la vegetación también ennoblecía, siglos después, el concepto paisajista original de las casas en el Pedregal; y aun de entre la predominante banalidad arquitectónica de la colonia Nápoles, los árboles, las nochebuenas y otras plantas crearon microespacios viables y agradables. Con el

resplandor simbólico-arcaico del árbol de la vida dentro de un jardín de las delicias, la urbe modernizada por mucho tiempo mantuvo un rostro amable: cada yema floral no sólo fue fuente nutritiva para los pájaros, sino también promesa del florecimiento de una ciudad que presumía de tener el aire más transparente.

DESOLACIÓN

Empero, los árboles en la urbe desaparecen; sólo sobreviven como producto semiindustrializado del árbol de navidad, es decir, como *kitsch* casero, desechable, sin metabolismo sustentable con su ambiente. La tala de árboles desnuda la megalópolis con su omnipresente y embotador color gris de casas y edificios —200 años después de la llegada de Alexander von Humboldt al continente americano, ¿cuál sería la nueva "geografía de plantas" en la cuenca megalopolitana de México? ¿Nada más una estética del concreto armado y del asfalto, donde ya no crecen las plantas que describió Humboldt como elementos esenciales de una cultura ambiental específica, con normas estéticas propias?



El sellamiento persistente de las superficies de la megaciudad con asfalto representa la eco-estética de una ciudad no-sustentable, que además carece de calidades pedagógicas y psicológicas. Los niños de la megaurbe ya no experimentan la diversidad lúdica de la naturaleza en los espacios físicos de su vida cotidiana, sino en la virtualidad de la televisión. El *Discovery Channel* sustituye gradualmente el conocimiento empírico de los principios de la flora y fauna; así crece una joven generación de neuróticos urbanos sin parámetros para integrarse corporalmente al propio ecosistema urbano. Nuestro caso de la colonia Nápoles lo ejemplifica con brutalidad: el espacio lúdico para los niños de la casa es sustituido por un estacionamiento. Eso es un *ranking* indiscutible —e irresponsable— de valores comunes en la megalópolis actual.

También, en términos económicos, el caso citado permite algunas conclusiones sobre la condición precaria de la cultura urbana contemporánea. "Limpiar" la vegetación en los terrenos y cambiar el uso de suelo para estacionamientos o nuevas construcciones es el procedimiento de la especulación inmobiliaria. Su fuerza impuesta al desarrollo urbano, con pocas restricciones legislativas, erradica los necesarios nichos de la ciudad. Todos los espacios urbanos que no se someten a la eficacia económica se encuentran cercados y oprimidos por la homogeneización comercial. En muchos *shopping malls* y *urban entertainment centers* que brotan en el suelo urbano, plantas y árboles de plástico, de manera cínica, conmemoran las sustanciales pérdidas de la vegetación viva en la ciudad. Además, estos nuevos sicotopos, configurados exclusivamente por parámetros económicos, retroalimentan estas decisiones fatales de maximizar el valor inmobiliario a costa del propio jardín, privilegiando estacionamientos y construyendo anexos a la casa. Con la pér-

didada de árboles es más obvio que el concepto de ciudad se reduce a un depósito de construcciones comercializables, y no como un espacio vital que ofrece estímulos plurales en un ecosistema dado, para elaborar las identidades colectivas.

Si recurrimos a la definición básica de la ecología como orientación e integración del ser humano en su ambiente, el caso tratado de la colonia Nápoles contiene un paradigma de las megalópolis actuales en el globo. No sólo en México, sino también en Kuala Lumpur, Shanghai o Lagos desaparecen los espacios libres para la flora y fauna urbanas, y con esto se neutralizan muchas opciones estéticas de la naturaleza: ver la belleza de una flor, palpar la corteza de un árbol, oler el aroma de una planta, oír el canto de los pájaros.

Lo que se pierde cada día en la colonia Nápoles y en otros miles de lugares es un medio de contemplación. La naturaleza, en toda su diversidad, ofrece al ser humano estímulos polifacéticos para revisar sus valores, sus orientaciones, sus conocimientos. No sólo Humboldt, sino también los actuales teóricos de sistemas (en biología y filosofía) detectan en el estudio de la naturaleza los principios inteligentes de la organización vital con pocos recursos y con efectivos mecanismos reguladores. El estudio de la fisiología de las plantas aún contiene propuestas para la planeación urbana.

RESPIRACIÓN

Además de estas posibles funciones epistemológicas, la dimensión médica (sanitaria) de la flora urbana es la más patente. El empobrecimiento de la naturaleza en la urbe provoca un cambio drástico en los micro y macroclimas. Literalmente, sin árboles la ciudad se asfixia, y con esto ya no ofrece condiciones saludables a sus habitantes. En primer lugar, los niños padecen la megaciudad contaminada; desde el

nacimiento, su metabolismo respiratorio sufre disfunciones y, en consecuencia, no fortalecen suficientemente su sistema de inmunidad. Sin comprobarlo con estadísticas precisas, esta degeneración colectiva está presente en la conciencia de los padres, que llevan a sus hijos con alta frecuencia al otorrinolaringólogo.

Quien dispone de una casa en el campo escapa en los fines de semana de la disnea megalopolitana —y, con su automóvil, exporta la contaminación de la zona metropolitana del valle de México a la provincia—. Quien se queda permanentemente en la megaciudad de México siente cómo se desoxigena y asfixia la ciudad, pero no toma iniciativas para intervenir y cambiar este fenómeno. Aparentemente, ni las consecuencias corporales de la contaminación ni la sensación estética de un árbol talado son suficientes para romper la rutina destructiva del sellamiento infinito de las tierras urbanas con construcciones y del exagerado culto al automóvil.

Parece que el problema que impide entender la complejidad de la ecología urbana es un problema de aceptación. El colono que ordena talar su árbol no entiende o no quiere entender; se siente seguro y autoconfirmado en la continuación de sus ideas e ideologías. Ni siquiera cuando su niño se encuentra hospitalizado con un cáncer pulmonar reflexiona sobre las condiciones ambientales que producen estas enfermedades, sino, con mucha probabilidad, se refugia en la irracionalidad de los dioses. Como la mayoría de los megalopolitanos en el mundo, no reconoce que la calidad ecológica del *habitat* es un derecho humano. Falta todavía un trabajo colectivo de concientización²



sobre el derecho fundamental a la integridad del ser humano en su ambiente, para que la imagen de la destrucción ambiental se convierta en un detonador que concrete la utopía de la ciudad sustentable.

NOTAS

- ¹ George Teyssot (ed.), *The American Lawn*, Princeton AP/CCA, Nueva York, 1999.
- ² P. Krieger, "¿Qué futuro? Perspectivas para la ciudad de México", *Bitácora. Revista de la Facultad de Arquitectura de la UNAM*, núm. 8, 2002, págs. 4-9.